



Nodaléctica. Un ejercicio de pensamiento materialista, de Roque Farrán

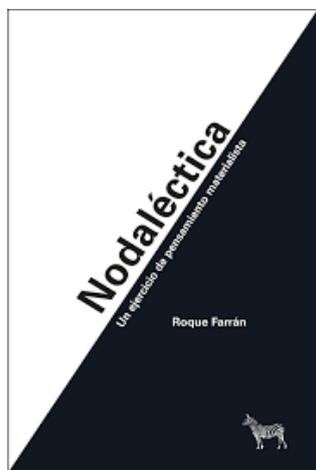
Nodaléctica. An Exercise of Materialistic Thought,
by Roque Farrán

Reseña bibliográfica de Jacinta Gorriti

Universidad Nacional de Córdoba.

CONICET, Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura.

Correo electrónico: jagorriti@gmail.com



Datos del libro: Roque Farrán. *Nodaléctica. Un ejercicio de pensamiento materialista*. Adrogué: La Cebra, 2018, 172 páginas.

Palabras clave: *Materialismo, método, nudo borromeo, ética, subjetividades*

Keywords: *Materialism, Method, Borromean Knot, Ethics, Subjectivities*

Como decía Gilles Deleuze (2006), reconocemos a los filósofos no por su vida, sino por un cierto tipo de conceptos que están “firmados” con su nombre: si a Descartes lo reconocemos por el *cogito*, a Spinoza por el *conatus* y a Leibniz por la *mónada*, yo diría que el concepto de *nudo* está firmado por Roque Farrán. Ahora bien, un concepto es mucho más que una simple idea en la cabeza: un concepto es un modo de vida, es el efecto imprevisto de una práctica concreta o de un ejercicio material. Y esto no ocurre por elección o por una dimensión reflexiva que le antecede, sino por una actividad creativa que toma el propio cuerpo, que simultáneamente moviliza afectos, preguntas, meditaciones y un entrenamiento preciso. Pero, sobre todo, lo que el concepto moviliza es el deseo; y Farrán nos transmite en *Nodaléctica* un deseo abierto a cualquiera que quiera ocuparse de sí mismo: el de anudar, componer o composibilitar las prácticas que nos constituyen como sujetos en ciertas condiciones materiales comunes para dar lugar a otros modos de ser.

Nodaléctica es un ejercicio de pensamiento materialista porque es un método siempre abierto, sin reglas ni procedimientos preestablecidos, cuyos resultados no están asegurados de antemano (*hyphotesis non fingo*, como deslizaba Newton). Un método que se ejemplifica en acto y que se despliega en su propio uso. Por eso la estructura tan singular de este libro, que procede anudando disciplinas, tradiciones, autores y problemas heterogéneos para pensar el presente. El nudo no es simplemente una metáfora aquí: el pensamiento elabora verdaderos tejidos que parten de tres enlaces pero que, cuando se anudan rigurosamente, soportan una infinidad de términos. Como en las viejas revistas de tejido de las madres y abuelas, Farrán nos ofrece un nudo-modelo a partir del cual hilar el pensamiento: el nudo borromeo. Aquel que solo se sostiene por el enlace solidario de al menos tres términos, porque basta con que un hilo se suelte para que toda la trama se deshaga. Así piensa Farrán al anudamiento entre filosofía, política y psicoanálisis, o entre el pensamiento, el cuerpo y la palabra, por donde pasa respectivamente la efectividad de cada una de esas prácticas.

Nodalética se sitúa en los puntos de intersección y de mutua imbricación entre estas prácticas, heterogéneas e irreductibles, para pensar nuestra coyuntura. No para producir un análisis omniabarcativo, ni para alimentar la espiral de informaciones y desinformaciones que consumimos (y que nos consumen) a diario, sino para “dar vuelta los cañones” –como sugería Louis Althusser (2007) – en el punto nodal por donde pasa la eficacia del neoliberalismo: nuestras subjetividades, es decir, cómo nos constituimos en el presente como seres hablantes, sexuados y mortales. Por todos lados se nos interpela constantemente a maximizar nuestras capacidades, a hacer todo lo que esté a nuestro alcance para ser “mejores”: discursos *New Age*, holistas, de autoayuda o de *coacheo* que nos venden los *tips* para ser felices o las claves para volverse millonario. Salidas rápidas y pretendidamente eficaces para lograr de todo; excepto, ocuparse de uno mismo. Porque la práctica ética del cuidado de sí (que es al mismo tiempo un cuidado de los otros), no es una tarea fácil. No es algo que se aprenda a partir de una serie de indicaciones ya digeridas, sino un ejercicio permanente, sin garantías, que nos arroja al vacío del infinito que habitamos: en nuestras relaciones con los demás, con el mundo y con nosotros mismos. Un ejercicio que una práctica concreta de la filosofía nos puede permitir llevar adelante, aunque solo cuando esta abandona una lógica de hiperespecialización y se abre al encuentro con otras prácticas.

Tal como aparece aquí, la filosofía es profundamente democrática: no se restringe a una élite privilegiada o a quienes tienen una determinada formación. Se trata de un tipo de pensamiento que no puede realizarse más que junto a otros, en comunidad. En ese sentido, en *Nodalética* aparece como un eco la sentencia de Averroes, quien sostenía que cuando alguien piensa, de algún modo, ingresa toda la humanidad en el propio pensamiento: se activa una potencia común, surge una comunidad invisible con la cual componemos nuestro pensamiento. Incluso quienes aparentemente no tienen nada que ver con la filosofía, se orientan en la vida cotidiana a través de conceptos. Esto no quiere

decir que todos seamos filósofos, sino que la filosofía no excluye a nadie en principio, que es accesible a cualquiera. En *Nodalética*, Farrán nos despeja ese camino (el camino de los caminos que no conducen a ninguna parte, como alguna vez se definió a la filosofía), para ejercitarnos en común y transformarnos en todos los niveles.

Nodalética es un método filosófico, sí, pero es también mucho más que un simple libro de filosofía, porque nos presenta una meditación y un ejercicio ético que, si verdaderamente lo atravesamos, no nos deja indemnes. Nuestro propio cuerpo está en juego en este ejercicio. Se piensa verdaderamente con el cuerpo; ni el pensamiento está escindido del cuerpo ni viceversa. Las huellas de un acontecimiento (sea político, amoroso, científico o artístico) se inscriben en el cuerpo, dejan marcas, y transforman las maneras de decir, de conocer y de obrar con otros.

Si Farrán traza en *Nodalética* su “pequeño panteón portátil” de filósofos (donde los nombres de Foucault, Althusser, Badiou y Lacan se destacan) es desde la pregunta por la transformación subjetiva. La historia de la filosofía que a Farrán le interesa es la historia de la pregunta por una vida ligada al conocimiento o, en otras palabras, por la preparación del sujeto para acceder a una verdad. Como buen karateca, abre el *Dōjō*: compone una escena de pensamiento que opera como un espacio de entrenamiento, con ciertas condiciones de saber, de poder y de cuidado simultáneamente enlazadas, donde los ejercicios suponen una transformación del sujeto en cuestión. Porque, como insiste Farrán desde hace tiempo, “la madre de todas las batallas” es hoy el terreno de las subjetividades, pues es hacia ellas que apuntan todas las estrategias y las tácticas de intervención de una diversidad de poderes. En la época de las *fake news*, del *coacheo* y de los *trolls*, Farrán piensa desde una tradición materialista, que va desde los estoicos a Foucault, desde Spinoza a Lacan y desde Marx a Badiou; estrategias subjetivas para reconectarnos con nuestro deseo y con su apertura infinita al encuentro, y a la composición con

otros. Reponer las nociones de verdad, de infinito y de eternidad no es un anacronismo. Antes bien, resulta una tarea urgente para escapar de la desorientación, de la estupidez y de la indiferencia reinantes.

Nodaléctica no es un principio que permita explicar todo lo que sucede en el presente o su malestar imperante. Es, más bien, el concepto que Farrán ha fabricado para nombrar a aquellos ejercicios, prácticas y técnicas concretas (que pueden ser psicoanalíticas, científicas, artísticas y políticas, entre otras) que nos permiten trabajar en torno a nuestra constitución histórica común. El pensamiento *nodaléctico* es ante todo ontológico, porque se interroga por una serie de cuestiones que hacen a la conformación discursiva y práctica del ser; pero, lo sabemos desde Spinoza, la ontología es igualmente una ética: porque no hay cuerpo, no hay afecto ni hay pensamiento si no es junto a y con otros. Por eso, *nodaléctica* es un método que, en vez de oponer dos términos antagónicos – como frecuentemente se nos enseña –, ya sean dos autores o dos categorías, procede componiendo términos (en principio, tres). Pensada de ese modo, es también un gesto de amor: de amor hacia el conocimiento que solo se potencia cuando se comparte.

Leer este libro, entonces, como cualquier libro, requiere una cierta disposición ética: no ir a él buscando informarse sobre ciertos temas, sobre lo que dijo tal o cual autor sobre tal problema o una distracción para pasar el rato y evadir lo real. Como nos sugiere Farrán, la lectura que compone, que hace cuerpo con aquello que lee, es una forma de cultivar un *ethos* o un modo de conducirse. Farrán nos aproxima a un uso ético y político de los saberes que no se circunscribe a las investigaciones académicas, a una práctica psicoanalítica o a una forma de militancia política, sino que las anuda para situarse en la coyuntura y avanzar hacia un *gobierno crítico de nosotros mismos*. Entre filosofía, psicoanálisis y política el afecto nodal que surge es la alegría. Nada de pesadez, angustia o temor: lo que se nutre en esta práctica de pensamiento (y en este pensamiento práctico) es el entusiasmo de componer(se) con otros. Porque cuando logramos

componer(nos) con otra cosa (sea una partitura, un poema, una obra de arte, un instrumento, un libro o una persona) formamos realmente una tercera cosa que nos engloba como parte de algo más. Más que “poner el cuerpo”, como habitualmente se dice, lo que necesitamos es *hacer cuerpo* con una multiplicidad de términos para dar lugar a otra cosa, a nuevos posibles. En medio del desastre actual, sucumbir al odio, al miedo o a la tristeza es lo que debemos evitar. Como nos dice Farrán, “no se trata de movilizar desde el temor o la ira, sino desde la *felicidad real* que emerge de una lucidez extrema (beatitud), producto de un pensamiento colectivo que genera entusiasmo a pesar de todo” (2018: 31).

Si el neoliberalismo solo promueve las *alegrías del odio* (Deleuze, 2008), falsas alegrías compensatorias que se sostienen en la tristeza, el resentimiento y la melancolía, la respuesta más eficaz que podemos anteponer es el entusiasmo de trabajar en común para transformar lo que hay, en todos sus niveles, empezando por nosotros mismos. No en virtud de un plan determinado o de una utopía ilusoria de lo que debería haber, sino a partir de nuestro modo histórico y concreto de existencia. Anudar, no vituperar, sino intentar comprender y articular razones, pasiones y afectos para construir el campo popular (el cuerpo común) que deseamos.